



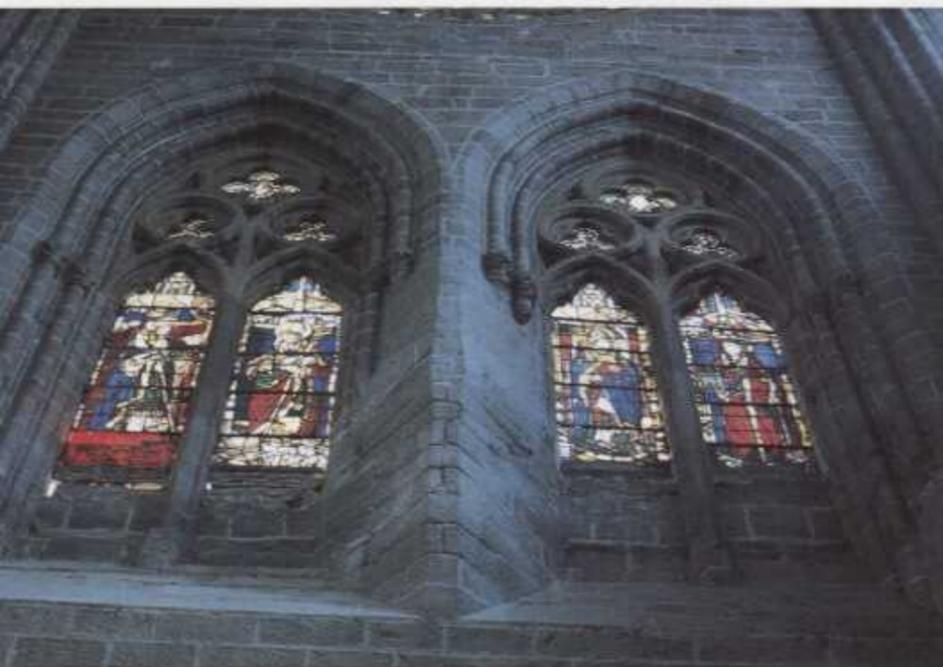
AVILA

LAS EDADES DE LA CIUDAD

Texto y fotos: Rafael Chirbes

EL SOL HABÍA EMPEZADO A DOBLEGARSE EN EL HORIZONTE Y A AQUELLA HORA ILUMINABA DE REFILÓN LA PIEDRA DE LAS MURALLAS, DORÁNDOLA AÚN MÁS, CONVIRTIENDO LA CIUDAD EN UNA ESPECIE DE ANTIGUA Y DELICADA JOYA.

EL SOL DEL ATARDECER ENCENDÍA LA CIUDAD DE TONOS DORADOS.



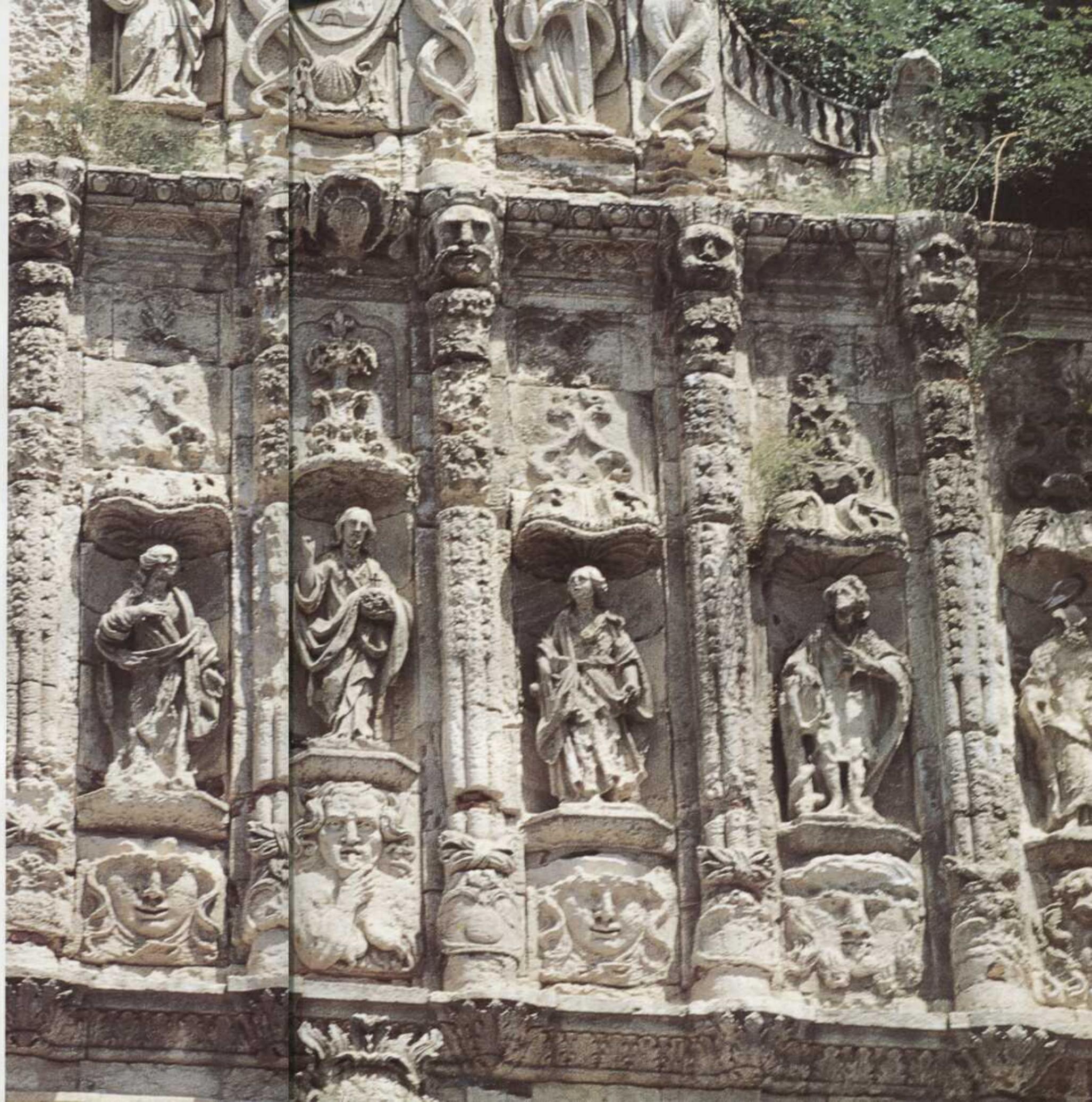
El viajero se asomó a la muralla desde el crucero que los abulenses conocen como "Los Cuatro Postes", situado en un altozano al otro lado del río Adaja. Ahí es donde la tradición dice que se sentaron Santa teresa y su hermano para mirar por última vez la ciudad antes de emprender su infantil huida a tierra de moros, con la intención de ser martirizados. En este mismo lugar, años más tarde, al parecer, la santa, harta de las críticas de sus vecinos y de las dificultades que encontraba para sus fundaciones, se limpió el polvo de los zapatos, subrayando su gesto con una frase que se ha vuelto tan célebre como es poco probada: "De Avila, ni el polvo".

El sol había empezado a doblegarse en el horizonte y a aquella hora ya iluminaba de refilón la piedra de las murallas, dorándola aún más, encendiéndola, y convirtiendo la ciudad entera en una especie de antigua y delicada joya. El viajero intentaba descubrir qué sentimientos ponía en él aquella visión tantos años después, con la mole de la catedral al fondo y en lo más alto

del montículo, la cenefa de muros, la espadaña del Carmen, los cubos almenados cayendo hasta acercarse al puente romano, que parece prolongarlos, y luego, volviendo a recortarse cuesta arriba, hacia el paseo que los abulenses llaman del Rastro, y donde las parejas y los grupos familiares toman el aire al anocheecer.

En primer plano de ese paisaje que la piedra domina, la primitiva ermita de San Segundo, con su ingenuo campanil y su románico de emocionante sencillez, venía a establecer en la sensibilidad del viajero un lazo entre la ciudad que se extendía frente a él y aquella en la que vivió muchos años antes: un Avila que en su recuerdo era silenciosa y gris y que se oponía a la que estaba viendo ahora, luminosa, dorada. Y, entre las dos, el recuerdo de otras visitas apresuradas como un hilo que enhebraba el rosario de ciudades que habían ido formándose en su cabeza, las que aquella masa de piedra armónicamente distribuida por la colina que el verano amarilleaba había levantado en él.

Una ciudad en la que hemos vivido en un tiempo lejano y a la



AVILA APARECÍA COMO UNA JOYA LABRADA EN PIEDRA.



que no hemos vuelto jamás, nos devuelve en la memoria un sentimiento cristalizado, una imagen remota e intacta, que regresa recurrente cada vez que algo la conjura o alguien la invoca para nosotros. Si, por el contrario, hemos seguido yendo a esa ciudad de vez en cuando, si hemos mantenido lazos con ella, y hemos ido siendo testigos de sus progresivas transformaciones, la primitiva imagen se va matizando a cada contacto imperceptiblemente, se vuelve cotidiana, intrascendente, y sólo en algunos momentos -una noche de copas, un recuerdo inesperado- regresará incitante, como si por ella no hubieran pasado los años, y lo hará con un presuntuo aire de pureza, por más que el recuerdo sea ya fru-

to de un falseamiento involuntario.

Es distinta, y desconcertante, la relación que establecemos con una ciudad en la que vivimos en la primera infancia, y a la que luego hemos regresado sólo en contadas ocasiones, apresuradamente, rompiendo la imagen primera, pero sin sustituirla por otra matizada, y a la que el azar nos devuelve y nos enfrenta de repente como objeto de reflexión, cuando nuestros recuerdos carecen ya de la inocencia y pureza primeras y tampoco tienen el privilegio de la continuidad que nos ayuda a entender su evolución.

La ciudad se nos convierte entonces en un misterioso rompecabezas cuyos límites no llegamos a definir: se mezcla lo

que está dentro de nosotros, congelado, con lo que se extiende ante nosotros, vivo, pero sin sorpresa.

Todas esas reflexiones se hacía el viajero desde lo alto del promontorio de Los Cuatro Postes, en una ciudad que, en la distancia, le parecía casi intacta. Había vuelto a pisar un lugar en el que puso los pies por vez primera casi cuarenta años antes, e intentaba comparar el modelo que guardaba en su memoria con la realidad que se le aparecía ante los ojos, qué era lo que quedaba y qué se había desvanecido, a pesar de la permanencia de los edificios que encerraba la muralla, algunos restaurados, otros casi como estaban entonces, y también, la armónica lejanía de San Vicente, por fuera del cordón de muros, y las casas bajas, muchas de ellas -la mayoría- de reciente construcción, que se extendían hacia la vertiente norte, donde, sin embargo, por encima seguían dominando, como antaño, las viejas torres, la fábrica del teresiano convento de la Encarnación y el edificio de granito techado de negra pizarra en el que vivió el viajero parte de su infancia, y los corrales del mercado de ganado, que aún sigue celebrándose los viernes, por más que los corrales entonces no existieran, porque las transacciones se llevaban a cabo a campo abierto, al pie mismo de la muralla, ofreciéndole al

niño de entonces un espectáculo lejano, medieval, de enorme colorido, que aún se le atraviesa en la memoria mientras escribe estas líneas y que matizaba su mirada aquella tarde de sol poniente en que regresó y miró la ciudad desde Los Cuatro Postes.

Si dirigía la vista al sur, más allá del recinto amurallado, también el paisaje se filtraba a través del cristal de los recuerdos acumulados en diversas ocasiones: veía las extensiones del valle del Amblés, los prados y campos de cereales y, por encima, cerrando la espléndida llanura, la deslumbrante masa azul de Gredos. Pero, en su recuerdo, esa llanura aparecía primaveral, de un verde luminoso, mientras que esa tarde de fina-

Mostraba
las delicadas
arquerías
renacentistas de
sus claustros.



La catedral fue construida en la transición del románico al gótico y tiene aspecto de fortaleza. El retablo del altar mayor fue obra de Berruguete con una soberbia sillería del coro.

LOS TURISTAS ADQUIRIRÍAN POSTALES Y RECUERDOS DE SANTA TERESA.



les de junio tenía un color amarillento y los picos azules de Gredos, en los recuerdos de infancia del viajero, siempre lucían un penacho blanco de nieve, y no como ese atardecer en que aparecían sólo azules y envueltos en la lejanía sucia de la calima.

Avila, para el viajero, seguía siendo un atardecer helado y opaco, un siete de enero de mil novecientos cincuenta y siete, en el que un niño que vino de muy lejos tocó la nieve por primera vez. Fue luego una sucesión de cielos purísimos, como de cristal, y de yerbas ramas de matorrales entre las piedras de granito que el musgo sombreaba. Era una luna reluciendo alta y desnuda sobre los campos de nieve. Rielaba temblorosa su luz sobre el silencioso mar blanco, y la ciudad se convertía en un majestuoso trasatlántico que se estaba yendo a un lugar todavía más lejano. Avila fue el silencio, pero también el gemitido del viento de marzo. Y el olor del incienso y de las flores. Y la imagen fugaz de un hábito pardo perdiéndose al doblar una esquina. Los modestos potajes de legumbres, los pescados ceceales y el queso amarillo que enviaban los americanos y la leche en polvo con la que querían combatir la desnutrición de una genera-

ción que aparecía con dificultad la palabra "proteína".

Esa ciudad triste y silenciosa que vivió el viajero en su lejana infancia regresó a su memoria cierto día, cuando aquel niño ya se había convertido en adolescente, y se puso a leer una novela que hablaba -como él mismo podría haberlo hecho- de sueños y pesadillas infantiles, de frío, tuberculosis y falta de proteínas, y también -por qué no- de un extraño celofán de belleza envolviéndolo todo. Era el libro de Delibes, La sombra del ciprés es alargada, que hizo que aquella ciudad lúvida sobre el mar de nieve volviera a cruzarse en su camino. Con ese libro, el adolescente renovó un pacto con Avila, que el tiempo y el destino dejaron incumplido.

Ahora, tanto tiempo después, Avila se le mostraba al niño que se convirtió en adolescente y a quien la vida había concedido la oportunidad de llegar a ser un hombre maduro y mirar con ojos renovados el espectáculo de estas piedras que constituyeron un pedazo de su infancia, dorándose en el atardecer. Hoy las veía desde el promontorio de los Cuatro Postes, del mismo modo que el día antes las había visto desde el edificio de granito y pizarra desde donde las vio por primera vez: el largo paño norte de la muralla tendido sobre la ladera.

Avila se mantenía casi intacta, no había sido destruida, ni alterada, como tantas otras ciudades que se cruzaron tiempo atrás en el camino del viajero, o que le sirvieron de refugio, o de prisión, o de soporite para construir después recuerdos. Y, sin embargo, era otra ciudad.

Se había desprendido de sus perfumes de mercado e incienso, de sus silenciosos campesinos de mirada huidiza, de los envoltorios de la necesidad -el papel de periódico, o de estraza, sirviendo de mortaja a un bocadillo-, de las mujeres vestidas de negro, de un silencio secular y de la intransigencia ocultadora. Ahora, la ciudad era eso que le parecía: una joya labrada en piedra, que se exhibía

a los curiosos, a los turistas, y no un cofre en el que se guardaban viejos valores, eso que se decían por entonces "ideales". Ahora podía mirarla y admirarla, y estudiar el origen de cada construcción, y su historia, sin que eso exigiera la adhesión a nada: ni a Dios, ni a la patria, ni al movimiento.

Ahora ya sabía que la puerta que Avila había fingido abrirle a la Edad Media cuarenta años antes, se había limitado a ser la puerta de un armario de guardarropía en el que se guardaban uniformes militares como si hubieran sido confeccionados en Trento y no en Santa María de la Cabeza o en Brunete. Avila había sido convertida en ejemplo de cómo la historia podía pasar por encima de los siglos como un puente colgante.

En aquella ciudad muda de los años cincuenta, se le aparecía la Virgen a alguien, o (al menos, eso decían) el señor Obispo impedía denodadamente el paso al recinto intramuros de una actriz, porque se llamaba Sofía Loren y, aunque había llegado para rodar una película sobre la patriótica Guerra de la Independencia, era cómplice de bigamia y, como tal, estaba excomulgada. Tierra de Cantos y de Santos, se decía, y también que Franco encargaba sus yemas en La flor de Castilla, adonde había ido a tomarlas algunas tardes mientras

Se mantenía casi
intacta. No había
sido destruida,
ni alterada

aguardaba la caída de Madrid. Franco consumía yemas de Avila y se hacía acompañar por el brazo incorrupto de Santa Teresa. Había procesiones que recorrían en silencio las calles de la vieja ciudad, y otras que, de madrugada, rodeaban el perfil de la muralla con un brillo de antorchas.

Lo dicho: era una Edad Media de guardarropía, que ocultaba con su manto el sentido de buena parte de la ciudad: de esa estatua renacentista y luminosa del Tostado, en la girola de la catedral, o de la de San Segundo, bella y serena como la de un emperador romano, o la del joven príncipe yacente en su sepulcro de Santo Tomás,

dormido en una inmortalidad que es de este mundo y no del otro.

El niño que el viajero fue atizó en su día ese Avila de actrices detenidas en la puerta de la muralla, como dicen que el Papa detuvo a las puertas de Roma el caballo de Atila, un Avila en la que alguien había vuelto a poner en circulación -como si hubiesen ocurrido días antes- las viejas leyendas, o historias tergiversadas, de los judíos que crucificaban niños -el Niño de La Guardia que inició en España el olor de las hogueras humanas-, y profanaban hostias.

Esta vez, en cambio, Avila le enseñaba las delicadas arquerías renacentistas de sus claustros de ciudad alta, en los que el verano se manifiesta con una floración de rosas, un Avila culta y mesurada, en la que también la utopía pudo haber sido y no fue, en la que se tejó la compleja arquitectura de la prosa de Teresa de Jesús, su primorosa inteligencia, la ciudad clara en cuyas noches -oh, noche misteriosa- brillan las estrellas con la pureza de las palabras en San Juan de la Cruz.

El viajero se encontraba con el Avila de la inteligencia: la armonía de San Vicente, como una pieza de música de cámara hecha de piedra, la enternecedora tosquedad campesina de Nuestra Señora de las Vacas, los viejos verracos de piedra, que hablan de una tradición ganadera y trashumante que se remonta durante milenios, las trazas de la primitiva fundación romana aún presentes en el plano de la actual ciudad, los restos de un burgo activo en el que convivieron judíos, moros y cristianos; ese Avila cuya llamada y lejana existencia le revelaban los restos de obra de ladrillo morisco en la fábrica de la muralla, como un homenaje a la aplazada transformación de un mundo en el que la felicidad y riqueza comunes y la inteligencia fueran los valores supremos de nuestro apresurado paso por la tierra, la cervantina dichosa Edad de Oro en que no había tuyo ni mío.

El Avila de los eruditos y de la música, la de los estudiosos, como Alonso de Madrigal, "El Tostado" ("Escribe más que El Tostado, se decía hasta hace

poco de los autores incontinentes), la ciudad en el coro de cuya catedral cantó durante siete años el niño Tomás Luis de Victoria. Avila de los reformadores, Avila de los comerciantes de tejidos, de los miembros de sociedades de amigos del país.

Pero a esa ciudad, tantos años callada, ya se le había superpuesto otra: la de los grupos de turistas que recorrían las murallas, que adquirían recuerdos y postales de Santa Teresa en el Convento de la Santa, la de los japoneses y peruanos con los que se había cruzado el viajero el día anterior, que era domingo. Grupos de adolescentes rebosantes de su tesoro -la juventud- reían y se empujaban a la sombra de los palacios de granito y hacían cola ante las tiendas de helados y refrescos. En la Plaza de la Santa (en Avila el topónimo "La Santa" se multiplica, así como el número de estatuas de Teresa) uno de los locales había instalado una gigantesca pantalla de televisión, a través de la cual los clientes seguían los partidos del mundial de fútbol y que provocaba gritos y aplausos (De madrugada llegaría el sonido de las bocinas y el de los alaridos de los hinchas, prolongando un nuevo siglo la tradición mística de la ciudad, ya no "a lo divino", y apenas sí "a lo humano"). Por la mañana, los jubilados jugaban a la petanca protegidos por la sombra piadosa de los árboles del parque.

Alguien dijo que toda Castilla es un páramo desolado que la presencia de una arboleda rompe: álamos, olmos que ayer mismo se llevó la grafiosis, castaños, plátanos, en esta geografía desolada en la que cae sin piedad el sol y luego cuaja el hielo durante el invierno. Los pubs sacaban las mesas y la música a la calle, al pie de la muralla, y, en las cercanías del Mercado Grande, se repetía la vieja ceremonia del aperitivo, porque también las ceremonias protegen de las inclemencias del páramo: el vino de Cebreros, de Rueda y la Ribera del Duero, tomados en una tasca, con sus torreznos, y el recuerdo de las truchas del Tormes y el Adaja, de las ranas y los cangrejos de río: el recuerdo de la representación de la vida frente a la intransigencia y el desierto. ■



BODEGAS REAL

El paladar de la
buena mesa



BODEGAS REAL S.A.

Paseo de la Castellana, 144 - 1.^o
Teléf. (91) 457 75 88 FAX (91) 457 72 10
28046 MADRID (Spain)

Finca Marisánchez
Ctra. a Cazur, Km. 12,800
Valdepeñas 13300 C. REAL
Tel. y FAX (926) 33 80 01

CERTIFICADO
DE MERITO A
VEGA IBÓN
MONTREAL
AÑO 1994

Una ruta imprescindible
en Avila es la que sigue
el camino de Santa
Teresa, desde "la Santa",
que es la iglesia
construida sobre el lugar
que ocupó su casa, hasta
la Encarnación, que
guarda un museo
teresiano.

Dónde dormir

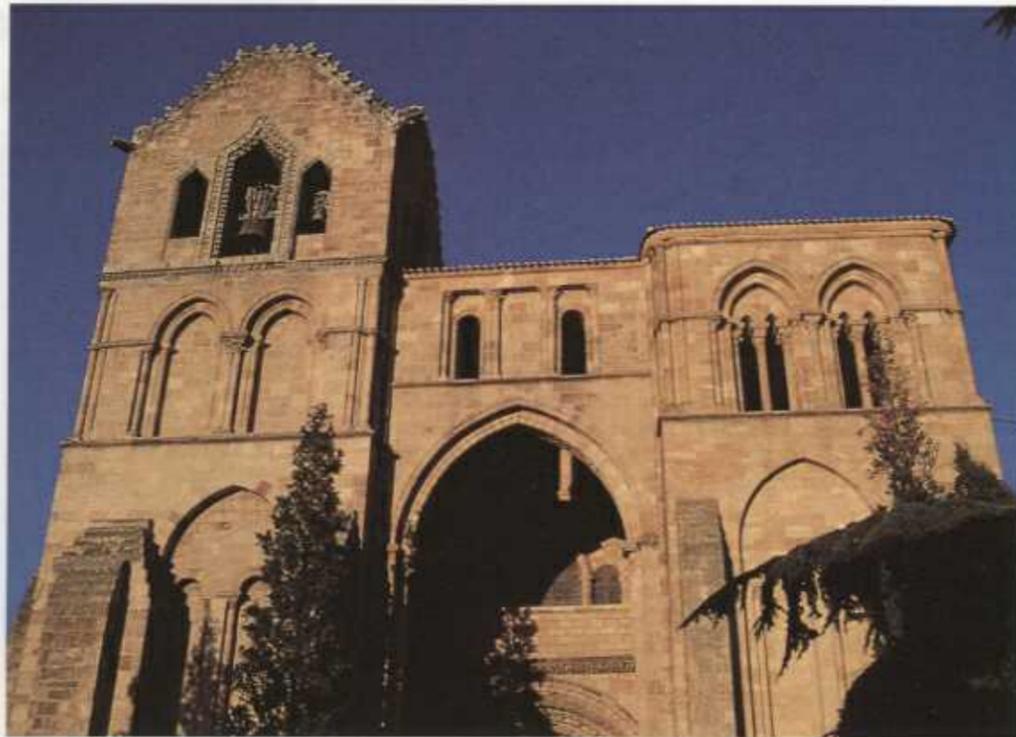
Parador Raimundo Borgoña. Marqués Canales de Cbozas, 2. Tf: 21 13 40.

Adosado a una de las puertas del norte de la muralla, en un hermoso edificio.

Gran Hotel Palacio de Valderrábanos. Pº. Catedral, 9. Tf: 21 10 23.

Un bello palacio de granito, situado al lado de la catedral, en un magnífico espacio urbano, alberga este viejo y elegante hotel con un toque de decadencia.

Otros hoteles de la ciudad son *Don Carmelo*, *Hostería de Bracamonte*, y, ya en la carretera de Salamanca, *Cuatro Postes*.



Entre los vegetales, triunfan las mantecosas y suaves judías de El Barco.

La cocina de Avila

En la tradición abulense -tierra alta y fría- las ollas y pucheros, de origen no sólo cristiano, sino también judío, ocupan un lugar preferente en la cocina de cada día y se adornan según las posibilidades y apetitos de la casa en que se sirven. Tierra de legumbres y de escasas verduras, por más que siempre ha contado con una cosecha veraniega de huertas en las orillas del río Adaja, unas huertas que, según los especialistas, es muy probable que hayan tenido orígenes moriscos. Sin embargo, entre los vegetales, triunfan las mantecosas y suaves judías de El Barco, presentes en prácticamente todos los menús de los restaurantes.



Entre las carnes, el cerdo ha representado el gusto de la llanura -de la Moraña-. Son comida de fiesta los "tostones", cerdos de escasos días asados al horno de leña y los torreznos, que aparecen en las migas y sirven de tapa en la mayoría de los bares de la capital. La célebre ternera "blanca" de Avila y las carnes de vacuno proceden de los animales montañoses, nutridos con los frescos prados de Gredos y con las purísimas aguas serranas.

La tradición del pescado -al margen de los conventuales pescados ceciales, sobre todo el bacalao- se alimentó gracias a la presencia del ferrocarril, que durante más de un siglo ha transportado la cosecha del Atlántico a Madrid -líneas de La Coruña y Vigo- y que ha ido dejando su cargamento en las distintas estaciones del recorrido.

También ha existido una tradición de alimentos fluviales -ranas y truchas del Tormes y el Adaja-, hoy malherida.

La dulcería se enriqueció con tradiciones judías y moriscas, y cuenta con dulces de piñones, tartas almendradas y sobre todo con las deliciosas y célebres yemas de Santa Teresa, que parecen remitirse a un mundo monjil que estaría situado más cerca de una supuesta memoria genética que de cualquier realidad, ya que, en las distintas estancias del viajero en la ciudad, ha podido recabar la información de que los conventos abulenses no han elaborado esas yemas, al menos desde que los más viejos habitantes alcanzan a recordar.

Se consumen vinos de Cebrosos, de la Ribera del Duero y de Rueda.

La restauración en la ciudad

La cercanía de Madrid y la afluencia de visitantes a esta hermosa ciudad podría hacerle pensar al viajero desprevenido que Avila pudiera ser un templo del buen comer público. No es así. Curiosamente, si a lugares como Segovia, o la propia Arévalo, en la provincia de Avila, los visitantes acuden con el propósito de comer y siempre es posible encontrarse con la sorpresa de un soberbio asado de tostón o de lechazo, la restauración abulense sufre un letargo, que al parecer se explica por la escasa importancia que otorgan los visitantes de esta ciudad mística a la mesa.

La mayor parte de los restaurantes poseen unas cartas monótonas, una decoración castellana que recuerda los conceptos de moda allá por los sesenta, con un mobiliario oscuro y poco estimulante, vajillas obsoletas y vasos gruesos en los que se pierden los vinos de Ribera del Duero que se anuncian en las cartas y que no siempre se almacenan en lugares adecuados, contrastando las condiciones de servicio degradado con la buena calidad de lo servido.

Las cartas, además de monótonas, son poco indicativas, ya que -a diferencia de otros lugares de Castilla la

Vieja- aquí uno puede encontrarse con que el cordero que se le ofrece "recién asado" lleva ya muchas horas fuera del horno y presenta un aspecto correoso, o que el tostón que se encargó es un cerdo de tamaño respetable, con una poderosa capa de sólida grasa bajo el caparazón tostado y semicrudo en su interior.

Hay excepciones, pero no son demasiadas. Y verdaderamente, hace falta una renovación de la restauración abulense, que permita sacarla de una crisis que todos los profesionales de la ciudad se encargan de destacar.

Donde comer

La Cocbera. Avda. de Portugal, 47. Tf: 25 14 19. Un restaurante en el que se ha producido la renovación que solicitamos: agradable decoración, buena vajilla, copas elegantes y cocina con productos de calidad.

Doña Guiomar. Tomás Luis de Vitoria, 6. Tf: 25 37 09. Local moderno, situado a un paso de la catedral.

El Molino de la Losa. Bajada de la Losa. Tf: 21 11 01. Un viejo molino restaurado de manera muy agradable. Bello entorno.

Copacabana. San Millán, 9. Tf: 21 11 10.

Fogón de Santa Teresa. Es el restaurante del Hotel Valderrábanos.



Hay buenas carnicerías, en las que se vende la magnífica ternera de la sierra y chacinis.

Hostería de Bracamonte. Bracamonte, 6. Tf: 25 12 80. Es un bello palacio del siglo XVI.

Piquito. Estrada, 6. Tf: 21 14 18. En un primer piso está el restaurante, y en la planta baja hay una taberna que da excelentes tapas.

Mesón del Rastro. Plaza del Rastro, 1. Tf: 21 12 18. Uno de los más clásicos restaurantes de la ciudad, con sólida cocina.

LA TRADICIÓN EXIGE COMPRAR DULCES, SOBRE TODO LAS DELICIOSAS YEMAS.



popular y bella iglesia de Nuestra Señora de las Vacas. En esa zona, los bares permanecen abiertos hasta más tarde.

Qué visitar

El perfil de la soberbia muralla, obra del siglo XII, que tiene más de dos kilómetros y medio de perímetro. El espectáculo es indescribible por la noche, si aparece iluminada. En ese caso, puede verse desde los Cuatro Postes o desde el centro universitario. Si ha nevado y hay luna llena, el paisaje toma tintes de visión.

La catedral fue construida en la transición del romántico al gótico y tiene aspectos de fortaleza. Hermosos retablos, como el del altar mayor, obra de Berruguete, una soberbia sillería de coro, sepulcros como el renacentista de El Tostado, exquisita obra en alabastro de Vasco de Zarza, y un rico tesoro con cantoriales y custodia de Arfe.

San Vicente es un joya del románico, elegante, delicada, armónica. Sepulcro de Vicente, Sabina y Cristeta y cueva de la Soterraña. Además de San Vicente, hay numerosísimas iglesias románicas extramuros de la ciudad. Ellas solas componen una deliciosa ruta, que incluye San Nicolás, en el barrio sur, San Segundo, a orillas del río Adaja, con la impresionante escultura de Juan de Juni, San Andrés, o San Pedro. Es muy interesante la torre mudéjar de San Martín.

Santo Tomás es de bello estilo isabelino, tiene el magnífico sepulcro del infante don Juan, en alabastro. Hermosos claustros, retablos y sillería del coro. Museo oriental.

Una ruta imprescindible en Avila es la que sigue el camino de Santa Teresa, desde "la Santa", que es la iglesia construida sobre el lugar que ocupó su casa, hasta la Encarnación, que guarda un museo teresiano, o San José, el primer monasterio que fundó.

También merecen la pena los numerosos palacios que puntean la ciudad: de los Dávila, de los Velada, Torreón de los Guzmanes, casa de los Aguilá, o de los Polentinos.

Compras

La tradición exige comprar dulces, sobre todo las deliciosas yemas. Iselma y la Flor de Castilla son dos lugares recomendables para esta compra.

Hay buenas carnicerías, en las que se vende la magnífica ternera de la sierra y chacinis. También pueden adquirirse en Avila legumbres, sobre todo las delicadas judías de El Barco. En este último caso, no olvidarse de constatar que están amparadas por la denominación de origen. Vale la pena pagarlas un poco más caras, pero tener la certeza de que se adquiere un producto de primera calidad y, por qué no, se apoya a una gente empeñada en hacer bien las cosas.

Copas y tapas

Se tapan en las calles que salen de la Plaza de Santa Teresa, o Mercado Grande, junto a la Puerta llamada del Alcazar y, desde hace algún tiempo, en el barrio que hay junto a la